

20260301. Cycle A. II Sunday of Lent. The Transfiguration of the Lord. Do not be afraid.

Hace algunos años, cuando María estaba preparándose para irse a la universidad, tuvimos muchos momentos de alegría y emociones, y, de repente, como cualquier persona al enfrentarse a algún cambio o algo desconocido, también había momentos de miedo y de ansiedad. Cuando llegó el día de partir, Amalia le regaló a María esta plantita en esta taza que dice: “No te quiero echar a perder el final de la historia, pero al final todo va a estar bien.”

El evangelio de hoy es acerca de identidad, promesas, fe, oración, y esperanza. En las últimas semanas hemos escuchado en al menos dos ocasiones en las que la identidad de Jesús es revelada. Cuando salió del río, una voz del cielo bajó y dijo: «Este es mi hijo amado en el que tengo mis complacencias». Jesús es revelado como el hijo del Padre, que fue enviado para revelarnos al Padre mismo. El día de hoy escucharemos que Jesús sube a la montaña y, mientras está orando, su cara resplandece y una voz baja del cielo y nos dice: «Este es mi hijo amado en quien tengo mis complacencias, escúchenlo». Una vez más, Jesús es presentado por el Padre como su hijo amado, y nos invita a escucharlo.

Se estima que la transfiguración sucedió 40 días antes de la pasión del Señor. Mateo no da detalles, pero por el evangelio de Lucas sabemos que Jesús, Moisés y Elías hablaban de su “partida”, que tendría lugar en Jerusalén. El pasaje de la transfiguración destaca la necesidad de escuchar a Jesús, ofrece una visión de la gloria celestial y asegura que el sufrimiento es temporal, preparando a los discípulos para la cruz.

Jesús baja, toca a los discípulos y les pide que se levanten y que no tengan miedo. Sin duda es importante que Jesús haga saber a los discípulos que, a pesar de que vienen tiempos difíciles, la fe no se debe perder. Esta es la promesa que les hace a Pedro, Juan y Santiago, y la promesa que nos hace a nosotros.

Jesús dice a los apóstoles: no tengan miedo, pero ¿cómo no van a tener miedo al ver la forma en que Jesús fue tratado? ¿Cómo no vamos a tener miedo o angustia si vivimos en una situación personal en la que a veces no podemos encontrar la salida? Jesús sufre la pasión como parte de su humanidad, pero es a través de su encarnación que nos invita a ser parte de su divinidad y no nos deja solos. Cuando vivimos situaciones estresantes y terribles, en realidad no estamos caminando solos; es Jesús mismo quien camina con nosotros ayudándonos a cargar nuestra cruz.

Jesús nos dice, mi paz le dejo, mi paz les doy. Nosotros podemos vivir en paz gracias a la promesa que se ha hecho para nosotros: esa promesa de que todo va a estar bien. Seguramente se preguntan: ¿pero cómo puedo vivir en paz y todo el mundo está en guerra? ¿Cómo podemos vivir en paz y tenemos tantos alborotos en todas las ciudades? ¿Cómo podemos vivir en paz si tenemos tantas injusticias? ¿Cómo puedo vivir en paz si tengo miedo por mi salud?

En Juan 14:27 Jesús nos hace una importante aclaración y distingue la paz de Dios de la paz del mundo, al afirmar: «Mi paz les dejo, mi paz les doy. La paz que yo les doy no es como la que da el mundo. Que no haya entre ustedes angustia ni miedo»

San Pablo, en su carta a los Filipenses, nos ayuda a comprender todavía un poco más: “No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios con acción de gracias. Así la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.”

La Transfiguración del Señor es un recordatorio de que, a pesar de las dificultades de la pasión y muerte de Jesús, a pesar de nuestras dificultades en este mundo, nosotros no debemos perder el objetivo: alcanzar la divinidad que nos ofrece Jesús. Jesús nos dice: «No tengan

miedo». Jesús nos dice: «La Paz del Señor esté con ustedes». ¿Cómo es que nosotros podemos vivir en paz?

Es aquí donde entra la parte de la confianza y la fe. **La Paz de Dios no depende del entorno** sino de nuestra relación con él. La fe es la certeza, la convicción de algo que no podemos ver, pero sabemos que va a venir porque confiamos en Dios. Porque creemos que Dios existe y hemos puesto nuestra vida en sus manos.

Durante la plática del padre Jeff el pasado miércoles, el padre nos recordó la importancia de saber “Quién es el que ora”. Nos pidió que escribiéramos un pequeño párrafo en donde describiéramos quién es la persona que está orando a Dios. Independientemente de nuestras necesidades, es maravilloso saber que cuando hacemos una autodescripción de quiénes somos cuando oramos, siempre podemos empezar diciendo: Abba Padre, soy tu hijo y confío en ti.

No es la calma en sí lo que nos da la paz, sino la calma de la certeza de saber que estamos siendo sostenidos por alguien que es más grande que nosotros y más grande que nuestros problemas.

“No te quiero echar a perder la película, pero al final todo va a estar bien.”

Gen 12:1-4^a

Psalm 33:4-5, 18-19, 20, 22

2 Tim 1:8b-10

Matthew 17:1-9